

vuestras impaciencias, Ana,
tales nuevas relataros
que ellas solas os calmaran.
Esta noche, ante unas rejas,
sobre el espacio que marcan
dos calles puestas en cruz,
presagio de la que aguardan,
¡ha de callar para siempre
el de Escobedo!... Una dama
despechada nos apoya,
y como no hay mejor arma
que despechos de mujer,
de esta noche no nos falla.

*(Una pausa solemne; al cabo
de ella, con una mirada fría y
en silencio, tiende Doña Ana su
mano á Antonio Pérez, que la
besa, y concluye:)*

Calmad vuestras impaciencias;
bien veis que fuera, Doña Ana,
grave daño dejar hoy
los asilos de esta casa.
Buscando la sombra de ella,
las sospechas alejabais;
hoy, cuando van á estallar,
necio fuera darles cara.
Mirad de no poner pie,
que no pase la algarada
de este suceso, en la Corte;
que el noble manto os arrastra,
que vuestro escarpín es blanco

y habrá sangre en las calzadas
de Madrid; aquí esperad,
bien á seguro en Pastrana,
hasta que el sol, dando en ellas,
quite á sus piedras las manchas.

PRINCESA DE ÉBOLI

(Con decisión veraz.)

Así haré.

ANTONIO PÉREZ

Mientras que, habida
de vuestras bondades gracia,
de vuestros mandatos venia,
yo regreso con mis lanzas
á la Corte.

*(Saluda, y antes de salir se acer-
ca á decirle todavía á la Prin-
cesa:)*

Prevenid

vuestras astucias, Doña Ana;
que está en Pastrana, y hablé
yo mismo á la monja de Avila,
y ella osa á todo—y su voz
no tuvo son de amenaza.

PRINCESA DE ÉBOLI

*(Con una sonrisa desdeñosa y
altanera.)*

Estando en mi casa yo,

¡temeré á nadie en mi casa?
Sobre que son mujercillas
y vos vinisteis con lanzas.

ANTONIO PÉREZ

(Alarmado; con sincera instancia.)

¡No hagáis asonada! Ved
que aquí he llegado con cartas
que, gritando yo, mi abuso
para con el Rey, gritaran;
ved que os conviene la paz
sobre todo; ved que os guardan
de sospechas estas rejas,
y os va la vida en su guarda.

PRINCESA DE ÉBOLI

Nada temo.

ANTONIO PÉREZ

Y yo quisiera
veros con temor, Doña Ana;
que, cuando acechan peligros,
pone el miedo una coraza.

(Doña Ana le sonríe, dirigiéndose á la lateral derecha, que estará cerrada, y que ella sacude para abrirla, aunque sin forcejear. Se abre la puerta; aparece, seguida de algunas monjas.

Teresa de Jesús. Lleva el manto blanco y el báculo de prioridad. A su vista, Antonio Pérez, que iba á salir, vuelve sobre sus pasos. La de Eboli se hace atrás, diciendo, contrariada:)

PRINCESA DE ÉBOLI

¡Madrel...

TERESA DE JESÚS

¿A dónde vais, Princesa?
¿Pues tan olvidada estáis
de esta casa, que ignoráis
que su única puerta es esa?

(Señalando la puerta del fondo.)

PRINCESA DE ÉBOLI

(Desconcertada.)

¿Queréis decir?...

TERESA DE JESÚS

Que aquí vive
la Comunidad entera,
y nuestra ley nos prohíbe
recibir gente de fuera;
cuanto más, que está al caer
la tarde, y pues suele ser
la senda á que abre desierta,

Princesa, al anoecer,
usamos cerrar la puerta.

PRINCESA DE ÉBOLI

(Altiua.)

¿Me echáis de vos?

TERESA DE JESÚS

¡Oh, señoral

¿Le haréis reproches á quien,
para guardaros más bien,
luchando estuvo hasta ahora?
Pero, en sus leyes expresas,
nuestra institución es tal,
que han de obedecerla igual
labradoras y princesas;
el Rey y vos, hija mía,
de otro modo habéis pensado;
menos mal, que habéis pecado
en muy buena compañía.
Y así, no siendo profesa
cuando en el yerro incurris,
de monja humilde os salís,
pero tornáis á Princesa.
Por ello, que Dios no os llama
á sí, no penséis jamás,
que, como una monja ó más,
puede servirle una dama.

*(Cambiando el tono y dando
algunos pasos hacia ella)*

Y antes que de aquí salgáis,
perdonad, señora, en mí,
los enfados con que os vais
y las quejas que tengáis
de las que quedan aquí.

*(Se arrodilla para besarle la
mano humildemente.)*

PRINCESA DE ÉBOLI

(Con altanero desdén.)

¡Así, al fin, monja Teresa!
Con vuestra injuria se aviene
y esta actitud os conviene
delante de una Princesa.

TERESA DE JESÚS

*(Rapto fiero; haciendo apoyo
en el báculo, se yergue majes-
tuosa.)*

¡Qué!... ¿Vuestro orgullo ha de ser
más grande que mi humildad?
Yo os lo sufriera, á no ver
maltrecha la autoridad
que Dios me manda ejercer.

PRINCESA DE ÉBOLI

Esta es mi casa; yo os dí,
por que sirvierais á Dios,
posada en ella; y así,

ved quién tenga, de las dos,
más autoridad aquí.

TERESA DE JESÚS

¡Piedras que tornó sagradas
sacerdotal bendición,
no vuestras, del cielo son!

PRINCESA DE ÉBOLI

(Serena y con astucia.)

El Rey no tiene aún firmadas
las cartas de donación.
La Duquesa de Pastrana
está en su casa, y así,
volved del empeño, hermana,
que no hay quien me eche de aquí
siendo yo aquí castellana.

TERESA DE JESÚS

Las letras del corazón
bastan á Dios; la intención
del alma es toda su ley;
Dios no espera, ni del Rey,
las cartas de donación.
Si dejasteis levantar
en vuestra castellanía
el estrado que es su altar,
¿por qué hoy le queréis quitar
lo que le disteis un día?
Vais errada: olvidáis vos

en vuestra soberbia, hermana,
que cuando sois castellana
por el Rey, yo soy, por Dios,
alcaldesa de Pastrana;
y estándome confiada
la guarda de este seguro,
jarrojaré de él, osada,
al mismo Rey si, perjuro,
le falta á la fe jurada!

PRINCESA DE ÉBOLI

¿Pues insistís?

TERESA DE JESÚS

Mas de modo
que no haga estorbo en el suelo
vuestra Pastrana de lodo
á mi Pastrana de cielo.
Quedad vos aquí: seremos
nosotras las que salgamos;
que, por mostrar que os dejamos,
no importa dónde os dejemos.
¡Quedad aquí, en el abrigo
de piedra, que os cuadra á vos,
porque la casa de Dios,
señora, mueve conmigo!

*(En voz baja se vuelve á dar
órdenes á sus monjas, que la ro-
dean; vienen á primer término
la de Eboli y Antonio Pérez.)*

PRINCESA DE ÉBOLI

(Alarmada y con mucha instancia.)

Habr  asonada... ¡evitad
que salgan!

ANTONIO PÉREZ

Ya no hay manera.

PRINCESA DE ÉBOLI

¡Una: hacerla prisionera
con vuestras lanzas! Probad.

ANTONIO PÉREZ

*(Cerrando el paso   Teresa de
Jesús, que, siguiéndola la comu-
nidad, ya se dirige al fondo.)*

ANTONIO PÉREZ

Señora, pues vengo á ser
testigo de esta querella,
no extra n is que terci  en ella
cumpliendo con mi deber;
la paz del reino turbar
pod is con vuestras andanzas,
y yo os lo quiero estorbar:
que est n afuera mis lanzas
y no os dejarán pasar.

TERESA DE JESÚS

¡Mi ruta no hay quien la tuerza!

ANTONIO PÉREZ

¡Mis gentes!

*(Las hermanas, aterrorizadas,
rodean   la Madre Teresa.)*

INÉS DE LA CRUZ

¡Dejad que ejerza
su cohecho!...

TERESICA

(Sollozando casi.)

¡Ceded vos!...

TERESA DE JESÚS

*(Volviendo   andar; sencilla y
sublime de fe.)*

¡Metido en batalla Dios,
Dios ha de triunfar por fuerza!

*(En este momento se abre la
puerta del fondo y, ajena   todo lo
ocurrido, entra la Hermana Tor-
nera alborozada y gritando:)*

HERMANA TORNERA

¡Madrel!...

TERESA DE JESÚS
¿Qué ocurre, Tornera?

HERMANA TORNERA

*(Tan emocionada y conmovida,
que habla entre lágrimas.)*

Que al monasterio obligados,
nuestra tropa de soldados
vuestros mandatos espera;
lumbre han hecho en el portal,
y habida su colación,
calienta su corazón
á la lumbre cada cual.
Dicen que os quieren servir;
que tan pagados están
del favor, que lucharán
por Pastrana hasta morir;
que su providencia en vos
pidan al cielo que ejerza...

TERESA DE JESÚS

*(Los ojos llenos de luz, claván-
dolos en Antonio Pérez; con una
dulzura grande y una fe pode-
rosa.)*

¡Metido en batalla Dios,
Dios ha de triunfar por fuerza!
Pero afrentas de la tierra,
cruz, escarnios, mofas, ¡todo
antes que encender la guerra!...

Señor Secretario, ¿hay modo,
cuando por vos advertidos,
vuestros soldados nos prendan,
de evitar que nos defiendan
mis pobres agradecidos?

ANTONIO PÉREZ

*(Con decisión, prefiriéndolo
todo á promover una asonada.)*

Hay uno.

(A la Princesa.)

Dadme, Doña Ana,
la noble diestra y salgamos;
que ya en cualquier sitio estamos
más seguros que en Pastrana.

PRINCESA DE ÉBOLI

(Vacilando todavía.)

¿Y la monja habrá vencido?...

ANTONIO PÉREZ

Olvidad que sois mujer
y dadme la mano, os pido,
que nos importar ceder.

*(La Princesa tiende su diestra
á Don Antonio Pérez, que se dis-
pone á salir acompañándola.)*

PRINCESA DE ÉBOLI

(Activa, al pasar por delante de Teresa de Jesús.)

¡Guarde el cielo á la alcaidesa,
que yo olvidarla no cuento!

HERMANA TORNERA

(Todavía ignorante de lo que ocurre; por los soldados.)

¿Les digo, Madre Teresa?...

TERESA DE JESÚS

¡Que le hagan acatamiento, cuando salga,
cuando salga, á la Princesa!

(Salen Antonio Pérez y la Princesa; sale tras ellos la Hermana Tornera. Teresa de Jesús les ve salir y permanece un instante silenciosa; luego, como volviendo á la realidad, dice á Catalina de Yepes:)

Hermana, cierre el portillo.

(Catalina de Yepes cierra la puerta del fondo, que quedó abierta, y Terésica, con tímida ternura, queriendo hacer olvidar á Teresa de Jesús el disgusto pasado, se le acerca:)

TERESICA

¡Madre!...

TERESA DE JESÚS

(Resolviendo en una crisis de lágrimas la tensión que la mantenía.)

¡Y ven aquí, sobrina!

Sé buena, sé buena siempre;
no cedas nunca, hija mía,
ni á la ambición, ni al orgullo,
ni á la carne; hazle contrita
promesa del alma á Dios,
¡y entra á mujer este día,
que, por aumentar mi cruz,
Dios me arrebatara una hija!

(La besa en la frente; luego, haciendo un esfuerzo por serenarse, dice á las demás:)

¡Y aviven todas!... Tenemos
todo el tiempo esta vigilia
para holgar, que nuestra cena
ya dió el fruto que debía.

(Mientras se dispersan las hermanas, y cuando Teresa de Jesús se dirige hacia la columna á cuyo arrimo están las sillas, como si viera sucias las losas del claustro, exclama:)

¡Oh, cuánta tierra del mundo
sobre estas losas!

(A Teresica Cepeda.)

Sobrina,
echa tú el agua, que quiero
barrerla yo de mí misma.

(Efectivamente, tomando una
escoba, que estará arrimada á
la puertecita de la cocina, se dis-
pone á barrer.)

DOÑA BEATRIZ

¡Va á cansarse!

TERESA DE JESÚS

¿Ya me cree
tan para poco?...

DOÑA BEATRIZ

Fatiga
sentirá, después de tanto
como ha luchado, hija mía.

TERESA DE JESÚS

(Barriendo ya.)

¿Yo?... ¿Pues piensa que fui yo?
No extreme... ¡Bueno sería,
después que Dios lo hizo todo,
sentirme yo con fatiga!

Sobre que la acción no fué
tamaña, y es tan sencilla,
que los hortelanos viejos
la cumplen todos los días.

TERESICA

(Asombrada.)

¿Sí?...

TERESA DE JESÚS

Lo que acabas de oír.

TERESICA

¿Que eso hacen los hortelanos?

TERESA DE JESÚS

Cada día, con sus manos.

TERESICA

¿Como?...

TERESA DE JESÚS

Os lo voy á decir.

(Todas la rodean; ella, apoyán-
dose un tanto en el palo de la es-
coba, dice:)

Plantar, con el azadón